

dur

Biblioteca-Films

NÚM.

309

EL REY DEL RODEO

25

CTS.



**Hoot
Gibson**

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado 707

Sdad. Gral. Española de Librería: Barbará, 16

B A R C E L O N A

AÑO VI

APARECE LOS MARTES

REVISADA POR LA PREVIA CENSURA

Núm. 309

EL REY DEL RODEO

Adaptación en forma de novela, de la
película del mismo título interpretada
por el gran caballista de la pantalla

KING OF THE RODEO
1929

HOOT GIBSON

Versión literaria de C. G. SERRA

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

Valencia, 233

Barcelona

REPARTO

El Niño de Montana... HOOT GIBSON

Lucy Harlan..... KATHRYN CRAWFORD

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

Las más Grandes Figuras de la Pantalla

solamente las encontrará en

BIBLIOTECA FILMS

y

FILMS DE AMOR

Mary Pickford	D. Fairbanks
Pola Negri	Ramón Novarro
Gloria Swanson	Charlot
Bebé Daniels	Adolfo Menjou
Raquel Meller	Lon Chaney
Alice Terry	Gary Cooper
Jacobini	Ant.º Moreno
Colleen Moore	Chiquilín
Laura La Plante	George O'Brien
Dolores del Rio	Emil Jannings
Vilma Banki	Ronald Colman
Dolores Costello	John Barrimore

Lo más selecto del repertorio de estos artistas figura en el CATÁLOGO GENERAL que se remite gratis, solicitándolo a

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

PRIMERA PARTE

En las cercanías de cierta hacienda, allá por Huella de Oso, pueblecillo situado en Montana hacía días que acontecían sucesos extraordinarios.

El Niño, hijo del hacendado, dedicábase a probar sus caballos de carreras bajo el control de El Peque y El Canijo, dos cowboys empleados de su padre. Las pruebas no podían resultar más satisfactorias, cuando el joven caballista creyó percibir cierto ruido en un matorral cercano al lugar donde se hallaba.

La sospecha que concibiera de que alguien le estaba espiando no tardó en trocarse en realidad, pues distinguió en el citado matorral la sombra de un bulto que trataba de escurrirse. Montado en su brioso caballo, El

Niño de Montaña lanzóse en persecución del que huía, que pronto alcanzó.

El joven había visto que su perseguido tenía en la mano un carnet de notas, y como sospechara de qué se trataba, intentó arrebatárselo, lo que sólo consiguió tras una corta lucha en la que los puños estuvieron actuando de firme.

Cerciorado ya de lo que adivinaba, el animoso muchacho advirtió mostrando su temible puño a la altura de las narices de su vencido enemigo:

—¿Conque averiguando lo que corren mis caballos, eh? ¡Pues como te vuelva a ver rondando por aquí, *Hurón*, te voy a meter el cronómetro en la sesera!

El derrotado *Hurón* no echó en saco roto la advertencia, sino que, considerando que era mejor para su físico una respetable huida, lo efectuó sin pérdida de tiempo sobre su automóvil.

De regreso a su casa, *El Niño* y sus compañeros se encontraron con que les estaba aguardando un respetable consejo de familia, compuesto por el padre del *Niño*, la madre y el tío. El primero había declarado acérrimo enemigo de las carreras a que su hijo se mostraba tan aficionado y así lo puso de nuevo en relieve, en esta ocasión.

El padre del *Niño* de Montana era un hombre a la antigua, de genio atroz. Quería im-

poner su autoridad sobre todo lo existente y no podía conseguir que el chico siguiera los impulsos de sus aficiones.

Habíase propuesto hacer de él un hombre de carrera, sin tener en cuenta que su hijo no tiraba para sabio. En vano intentó el muchacho hacer comprender a su padre que las únicas carreras para las que reunía aptitudes especiales eran las de caballos, pero el padre se mostraba irreductible.

Así es que, *El Niño* de Montana, tuvo que comparecer por enésima vez ante el severo consejo de familia, y su padre le increpó con acritud:

—¡Pero si no tiene nada de particular...! ¿Por qué me riñes ahora? ¿Porque sabes que me paso los días montando a caballo? Ten en cuenta que estamos en vacaciones y que en verano los libros de texto indigestan...

—¡Si usted viese como su hijo monta, no se pondría así... que bien que le gustaban a usted los caballos... y las yeguas cuando tenía sus años...—dijo el *Canijo*.

—¡Eso... eso...!—recalcó el *Peque*.

—¡*Canijo*! ¡*Peque*! ¡Ahora mismo os vais a la calle!—exclamó el viejo, haciendo ademán de coger algo de sobre la mesa, que bien podía ser una escultura de bronce que allí había...

La buena intención del *Canijo* y del *Peque* no tuvo otro resultado que el verse obligados

a abandonar la estancia, mientras padre e hijo continuaban en aciborada discusión, discusión que amenazaba en degenerar en disgusto serio, pues tan templado era *El Niño* como el hacendado.

—¡Esta es la última vez que te lo digo! —decía el padre—. ¡Quiero que te dejes de carreras y vuelvas a la Universidad a acabar tus estudios!

—Pero padre... Si todavía tengo que acabar de pagar los caballos que compré. Te prometo correr solamente esta carrera y después seguiré estudiando.

—¡He dicho que no hay más carreras de caballos! ¡Y quiero que vuelvas de inmediato a la Universidad! ¡Dí si estás dispuesto a hacerlo! ¿Sí o no?

El muchacho quedóse mirando a su padre durante unos segundos. Quizá iba a ceder, pero la sangre que bullía en sus venas le hizo desafiar un peligro que presentía. Irguiéndose, exclamó:

—¡Pues no!

La rebeldía sorprendió al hacendado. Era algo inaudito e inesperado, pues nadie se había atrevido hasta entonces a rebelársele. Y su hijo... Una oleada subióle a la cabeza, en la que tanto iban mezcladas la indignación como el secreto orgullo de raza... Y balbució:



El Niño de Montana

—Entonces... ¡Arregla tus chismes y vete de esta casa!

Con ser grande la sorpresa de todos, nadie seguramente quedó tan extrañado como *El Niño*. Estaba seguro de que su proceder no merecía semejante castigo y tentado estuvo de mandar a rodar las carreras, máxime cuando vió a su madre echársele llorando a los brazos.

Mas las palabras de su padre, arrepentido ya de sus duras palabras, pero buscando to-

davía humillar aquella voluntad rebelde, dieron al traste con los buenos propósitos del muchacho.

—Aun tienes tiempo de volverte atrás, Chip... ¿Vas a volver a la Universidad ahora?

Otra vez la terquedad de la raza vibró en el muchacho, que, orgullosamente, repuso, tras de haber dirigido amorosa mirada a la desconsolada madre:

—¡No vuelvo!

Y abandonó la sala.

El tío, testigo mudo de la borrasca familiar, resumió ambos caracteres en breves palabras, dichas en tono semiburlesco:

—¡De tal palo, tal astilla!

Y aquella misma noche, *El Niño de Montana*, venciendo su propia emoción, abandonaba la casa de sus padres, tras haber ordenado el *Canijo* y al *Peque* la manera de conducir sus potros de carreras por el ferrocarril.

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

SEGUNDA PARTE

Chicago.

Chicago, por si lo ignora usted, es una gran ciudad, pero para un chico montaraz, acostumbrado a las inmensas soledades del llano y a la arida y agrista vida del campo, Chicago es una moderna Babilonia, que brinda a la juventud los innumerables atractivos de la vida moderna.

El hijo pródigo iba a Chicago con los mejores propósitos. El principal deseo que le trajo a la hermosa ciudad fué el natural deseo de demostrar a su padre que él sabía salir adelante por su propio esfuerzo de las contingencias del destino...

¡Ya vería su padre la gran carrera que iba a hacer su hijo! ¡Ya vería el viejo como el Niño de Montana se ganaba la popularidad con su valor y las uñas de su caballo! ¡La de heroicidades que iba a hacer!...

Nuestro joven *cowboy*, jinete de su magnífico caballo, llegó por fin a la meta de sus ensueños. Ya estaba en la ciudad donde iba a celebrarse el Gran Rodeo.

El Destino, seguramente, condujo al *Niño* hasta un garaje, en donde pidió agua para su caballería, y mientras cuidaba de ésta, acertó a pasar para reponerse de gasolina el auto que conducía a Harlan, el promotor del Gran Rodeo, y su hija Lucy.

La vista del *Niño* hizo exclamar al padre:

—Mira, niña... Ahí tienes a un *cowboy* de veras.

Una mirada de simple curiosidad fué lo único que la linda joven dirigió al hombre que cuidaba de su caballo y como el padre aprovechó la corta estancia para estirar piernas, dedicóse ella a hojear un libro.

Harlan se acercó al *cowboy* y, campechana-mente, inició la conversación:

—¡Hola, muchacho! ¡Creo que eres de los primeros en llegar! ¿Qué tal te cae Chicago?

Adivinó el muchacho que lo tomaban por un palurdo y repuso:

—¡Psé! ¡Un poquillo estrecho me parece!

Agradablemente sorprendido, Harlan continuó:

—¿De qué punto vienes?

—De Montana... De un pueblecillo; allá por Huella de Oso.

Y, queriendo dar a entender que no desea-



...tras haber ordenado a Canijo y al Peque...

ba la conversación, *El Niño* dirigióse a llenar de nuevo el cubo para su animal. Pero junto a la fuente hallábase detenido el auto de Harlan y dentro la encantadora Lucy.

Como el flamante *cowboy* no era de los que se enrojecían a la vista de una muchacha, sino precisamente lo contrario, no pudo por menos que admirar la que ante sí tenía, que desdeñosamente le volvió la cara al aperci- birse de ello.

Ya de mejor humor, volvió *El Niño* junto a su caballo, al lado del cual estaba todavía

Harlan, quien le alargó una tarjeta en la que había garrapeado unas palabras, mientras decía:

—En el Stadium están ahora muy atareados para ocuparse de nadie. Pero estas cuatro letras podrán servirte tal vez de algo.

—Muchas gracias — dijo el muchacho tomando la tarjeta—. Puede usted tener la seguridad de que se lo agradezco en extremo.

Montado ya en su automóvil, el promotor, al pasar por delante del lugar donde se hallaba el *cowboy*, preguntó:

—Y a todo esto, ¿cómo te llamas, muchacho?

Y éste mostrándose a la joven, que mostrábase más desdeñosa aun, respondió:

—Me llaman *El Niño de Montana*.

—Entonces... ¡buena suerte, *Montana*! Ya te veré el día del espectáculo.

Y el *cowboy*, ahora un tanto soñador, vió alejarse al lujoso automóvil, donde iba la que desde entonces era dueña de sus pensamientos.

SOBRE ROSA (Sólo para solteras), 20 cts.

SOBRE GALANTE (Id. para hombres) 20 »

SOBRE INFANTIL 15 »

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN »

Biblioteca Films-Apartado 707 · Barcelona

TERCERA PARTE

Nada de particular aconteció durante los días que transcurrieron hasta el de la víspera de la deseada fiesta.

Hallábase *El Niño* charlando con otros *cowboys*, cuando una mano se posó en su espalda y una voz conocida le interpelló. Era Harlan.

—¡Qué suerte encontrarte, muchacho!—decía éste—. Precisamente mi hija deseaba que alguien le fuera mostrando todo esto.

Con el placer que es de suponer, nuestro joven accedió a la demanda de su amigo. Internándose por el laberinto de los corredores que forman las dependencias del Stadium, hasta detenerse frente a la puerta de un despacho, en el que penetraron. En él se encontraba Lucy, que telefoneaba.

Tras una breve presentación, el padre retiróse a una ocupación que, según indicó, era urgente.

—*El Niño de Montana* te servirá con gusto de guía—advirtió al retirarse.

Haciendo caso omiso de su visitante, la joven continuó telefoneando. Tenía un concepto bastante equivocado de los *cowboys* y, además, el joven en cuestión le había resultado muy antipático.

Cuando terminó midió de arriba abajo a su cicerone, que tranquilamente habíase recostado en una mesa vecina. Unas frases despectivas brotaron de sus labios, que, por lo demás, al *Niño* le estaban pareciendo deliciosas.

—¡Bah! ¡Un *cowboy*! ¡Valiente oficio! ¿A quién se le ocurre ser *cowboy* como no sea a un palurdo?

Aquellas palabras mortificaron en extremo al joven. Hizo una mueca y respondió:

—¡Ah, caramba! ¿Sí?

Lucy, viendo que no se había inmutado, intentó molestarle por otro medio.

—Me imagino—dijo—que le va a ser muy difícil conservar limpia esa hermosa camisa de seda blanca... cuando rueda por el suelo.

¡Demonio con la muchacha! Era bonita, sí; pero esto no era motivo para tolerarle frases tan incisivas.

—Quizá...—dijo secamente—. Pero esa eventualidad no está incluida en mi cálculo de probabilidades sobre el desarrollo de los acontecimientos.

—¡Caramba, caramba! ¡Pero si habla como una persona educada!

—Sí, y alguno de nosotros, los *cowboys*, hasta sabe leer y escribir.

A miss Harlan no le sentó muy bien el que el *tosco* caballista se burlara de ella y así lo dió a entender haciendo un encantador gesto de enfado.

Pero *El Niño* se había propuesto aparentar un *cowboy* tan bruto como ella había querido dar a entender lo tomaba. ¡Iba a ver aquella presumida con quién trataba!

Siguiendo, pues su plan, barbotó, echando a andar:

—Bueno... ¡Vamos!... Si no empezamos pronto no acabamos nunca.

Y a grandes pasos, con lo que forzó a Lucy a que hubiera de correr algunas veces, la llevó hasta la arena del Stadium.

Una vez en el ruedo, la bella joven olvidó su reciente enfado y, colgándose del brazo de su acompañante, sugirió:

—¿Por allí?

—¡No, por aquí!—repuso él, sólo por llevarle la contraria.

Las explicaciones que dió a Lucy no pudieron ser más minuciosas.

—Esta es la puerta de entrada—comenzó deteniéndose frente a ella—. Y ésta es la pista...—otra parada—, que está vacía; y

ésas son las gradas, que también están vacías...

La muchacha comenzaba a darse cuenta de que su acompañante se burlaba de ella descaradamente.

—¿Se cree usted que no lo veo?—preguntó con rabia.

—A mí no me pregunte nada; yo no soy de este pueblo.

Encaramándose poco después a una empalizada, continuó su peroración con los mismos amplísimos detalles:

—Esos son caballos... De esos que botan y se encabritan.

—Pues parece que son muy mansos. ¿Qué hacen ustedes para que se encabriten y boten?

—Montarlos.

—Pues yo he oído decir—afirmó ella con el sano propósito de molestarle—que ustedes les hacen cosas para que se pongan furiosos y salten.

La respuesta de *El Niño* no pudo ser más breve ni contundente:

—¡Ustedes las mujeres siempre están oyendo cosas!

Con el humor que es de suponer, Lucy se halló frente a un pacífico animal, que el *cowboy* se encargó de nombrar:

—¡Esto es un asno!

Sin poderse aguantar más, ella exclamó:

—¡Los hay con orejas más cortas!

Como se ve, la primera conversación de ambos jóvenes no había terminado aquello que pudiera citarse como un modelo de armonía.

Poco después *El Niño* se juntaba al *Canijo* y al *Peque*, acabados de llegar con las caballerías de aquél.

El joven cuidó de examinar a sus bestias, sin ver que unos ojos, en los que brillaban el odio, le seguían por todas partes.

Aquellos ojos pertenecían al Hurón, que no había olvidado la paliza que le había propinado el *cowboy*, y que acariciaba un plan de venganza.

¿Quiere usted aprender los bailes de moda?

Precio de	Pida hoy mismo los métodos de:
c a d a	
método:	TANGO ARGENTINO
25 Cts.	EL CHARLESTON
	BLACK-BOTTOM

Si no los encuentra en su localidad, pídalos hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y 5 cts. para el certificado a **Biblioteca Films, Apartado, 707 - Barcelona**

CUARTA PARTE

Había llegado el día del Rodeo.

Para la viril fiesta de prosapia española, reminiscencia de los bravos colonizadores hispanos, atavismo perdurable de una raza fuerte, briosa, heroica, caballeresca y galante, las ciudades del Oeste se visten de luz y se respira, se masca, el ambiente de emoción de las grandes fiestas de valor, en las que el pueblo escoge sus héroes y los eleva a la categoría de semidioses.

El rodeo tiene su equivalente en la fiesta de los toros... No habrá en todo el mundo dos fiestas que puedan comparárseles en belleza, gallardía y prestancia, ni que contenga tanta emoción, ni que apasione tanto...

En la sala de vestir de los *cowboys* había una algarabía de mil demonios. Todo eran gritos, voces.

En el lugar donde se hallaban *El Niño* y

sus dos compañeros, varios otros *cowboys* admiraban la camisa de seda que aquél lucía. El muchacho, un tanto envanecido por ello, manifestó:

—Os gusta mi camisa, ¿eh? Pues ved: tengo otra exactamente igual y ninguna de las dos cambiaría por nada de este mundo.

En aquel momento se le acercó un empleado y le comunicó que el señor Harlan deseaba hablarle.

Antes de alejarse, *Montana* llamó al *Canijo* aparte.

—Oye, muchacho. Tengo que sacar dinero de algún sitio para poder tomar parte en el concurso de potros salvajes. ¡He de tomar parte en él aun cuando me mate!

Y al decir esto, en la mente del muchacho brillaba la imagen de cierta joven desdeñosa que le hablara despreciativamente de la camisa que él tanto estimaba.

Al entrar en el despacho de Harlan, el promotor del Rodeo, *Montana* quedóse sorprendido. Frente a él estaban sus padres y su tío.

—*Motana*—dijo Hrlan—. Te he llamado para presentarte a unos paisanos tuyos de cerca de Huella de Ooso.

El Niño dirigió una mirada a los suyos. El padre mostrábase tan serio y severo como siempre, pero, en cambio, la madre le miraba

con amorosa ternura y su tío con el gesto burlón y campechano de siempre.

Sin embargo, el muchacho, agradecido a su padre, que se había dignado venirle a ver, lo que, a su parecer, equivalía al perdón, se acercó a él y dijo:

—Celebro verte por aquí, padre. No sabía que vendrías a verme.

El hombre era tozudo, capaz de negar la evidencia misma. Y así manifestó:

—He venido a ver el torneo.

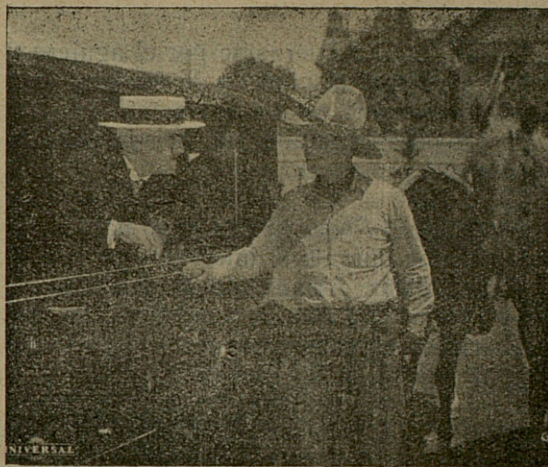
La bofetada fué recibida de pleno por el muchacho, y tanto más dolorosa cuanto que la antipática Lucy, pero bellísima, estaba también allí sentada.

La buena madre corrió a borrar con sus caricias la intemperancia del padre, secundada por el bueno del tío. Pero aquello había sido muy doloroso para el muchacho, máxime que hubiese acontecido ante aquella odiosa muchacha. ¡Oh, y parecía haberle mirado con cierta conmiseración! ¡Como si él precisara de la piedad de ella!

Dando unas palmadas a la espalda de su tío, abandoné la estancia, murmurando con voz casi ininteligible:

—Bien; ustedes me perdonarán... Debo prepararme.

Mientras esto ocurría, en la sala de vestir de los *cowboys* acontecían sucesos extraños.



— ¡Hola muchacho...!

Una de las tablas que formaban la parte baja del muro se había separado y por la abertura había aparecido la cabeza de un hombre. De Hurón.

Cerciorado de que nadie se encontraba en la sala, Hurón adelantóse y se dirigió hacia el armario donde *El Niño* guardaba su caca-reada camisa blanca, que aquél tomó. Asimismo apoderóse también de unos pantalones de montar, propia d, como la camisa, de *Montana*.

Hecho esto, y con las mismas precauciones,

el ladrón tornó a internarse por el agujero y volvió a colocar la plancha de madera, quedando todo como estaba antes.

El canalla preparaba sus armas para la felonía que proyectaba.

Tampoco *El Peque* ni *El Canijo* habían estado ociosos durante el intervalo que acabamos de indicar. Atendiendo al demanda de dinero formulada por su compañero, los dos inseparables habíanse propuesto lograrlo sin reparar mucho en los medios para ello.

A tal fin, se instalaron no muy lejos del Stadium y allí, mediante un juego ilícito que trampeaba *El Peque*, y actuando *El Canijo* como gancho, no tardaron en reunir más de la suma necesaria para lo que *El Niño* la precisaba. Desgraciadamente, cuando el negocio parecía ir mejor, la llegada inoportuna de un policía obligó a los dos camaradas a marchar más que de prisa, desde luego sin abandonar los fondos recogidos.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novelitas cinematográficas. Escriba hoy mismo (y se lo mandarán gratis a) BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

QUINTA PARTE

Entre tanto, en el relevo, *El Niño de Montana* iba conquistando todos los lugares, con grande entusiasmo de la madre y del tío, y hasta incluso del terco del padre, si bien éste procuraba disimular siempre sus impresiones, aunque muchas de las veces no lo conseguía.

Al muchacho, sin embargo, no parecía preocuparle tanto la opinión de sus padres como la de Lucy, que también se encontraba en el mismo palco. Cada vez que terminaba brillantemente una actuación, acudía, entre los aplausos atronadores del público, a saludar a los ocupantes de su palco. Y cada vez dirigía una mirada de triunfo a aquella mujercita tan bella y al propio tiempo tan desdeñosa. ¡Para que supiera quién era!

Lucy creía en un principio que aquel presuntuoso le era cada vez más antipático, pero les gestas, más y más arriesgadas, que el mu-

chacho ejecutaba como nadie, y que tenía el secreto presentimiento le iban dedicadas, fueron tornando sus sentimientos hasta que llegó a la consecuencia de que el *Niño* aquel era simpatiquísimo y que habíase equivocado en cuanto a los sentimientos que por él experimentaba, puesto que no era odio, sino otra cosa mucho más grata la que hacía latir su corazón.

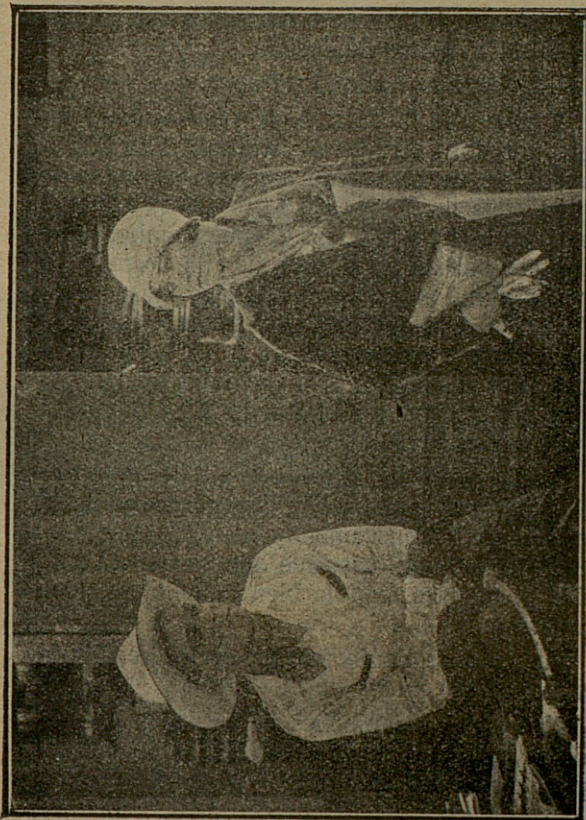
Con todo, la presunción de *El Niño* era justo se llevara su castigo, y así sucedió cuando, al montar los becerros, un extraño del que cabalgaba le hizo saltar por encima de los cuernos. ¡Su flamante camisa quedaba manchada!

Pasado el ligero atontamiento, la primera mirada suya fué para Lacy. La muchacha, aun cuando se esforzaba en disimularlo, no pudo contener la risa... ¡Antipática, antipática y antipática!

Furioso, nuestro héroe se precipitó en demanda de su armario para cambiarse la camisa, aquella preciosa camisa blanca que él ansiaba no se manchara. ¡Calcúlese la rabia que le cogió al aperebirse de que la famosa camisa de repuesto había desaparecido!

Sin atender las exclamaciones del *Canijo* y del *Peque*, violentó todos los armarios vecinos. ¡Nada! ¡La camisa había desaparecido!

—Oídme—barbotó—. Tengo que alinearme para la carrera de relevos y no puedo en-



— Un cowboy! Valiente oficio!

tretenerme.. Al primero que veáis con mi camisa se la quitáis de encima.

—Descuida. Andando, *Peque*.

Y mientras la carrera de relevos tenía lugar, los dos cofrades dedicáronse a la activa busca de camisas blancas, con los bolsillos ribeteados de negro. No tardaron en hallar a uno que la lucía y, pocos después, ambos *cow-boys* se habían apoderado de ella. Pero a los pocos minutos les aconteció algo inesperado. Ante sus ojos aparecía otro hombre luciendo también una camisa blanca y los bolsillos ribeteados de negro. ¡No quedaba otro remedio que apropiársela! Luego *El Niño* diría cuál era la suya.

Nadie podía resistir el empuje del fiero par de granujas, y así, el infeliz poseedor de la prenda vióse bruscamente desprovisto de ella. Pero lo malo del caso fué que un policía acudió, y no pareciéndole bien aquello, se puso a perseguirles.

La cosa se ponía fea. Lo mejor resultaría *ahuecar*.

Y los dos compinches no tardaron en perderse entre los largos corredores de las dependencias del Stadium.

* * *

El gran festival había terminado y *El Niño de Montana* fué proclamado Rey del Rodeo.

Aquello resultaba una satisfacción para el muchacho, pero, sin embargo, no le complacía mucho. La vanidad de haber humillado a aquella muchacha tan presumida no le compensaba la rabia que sentía hacia el ladrón de la camisa.

Pero, ¿qué veía? ¡Sí! ¡No cabía duda! Aquélla era su camisa. ¡Ahora vería!

—¡Eh!—gritó—. ¡Mi camisa!

El interpelado volvióse azorado. ¡Dios! ¡Era aquel maldecido de Hurón! Pero echaba a correr. ¡Mil bombas! ¿Iba a escapársele? ¡En seguida!

Y echó a correr también en pos del fugitivo, en el preciso momento en que Lucy, aparecida un momento antes en el corredor, se lanzaba tras de él, llamándole.

La rápida carrera de los dos hombres pronto aventajó la de la muchacha, que sólo llegó a alcanzar el en que *El Niño* se abalanzaba a un auto y salía disparado.

Desalentada, la muchacha regresó el despacho de su padre. Allí le aguardaba otra

infausta nueva. ¡La caja había sido robada! Y en aquel momento, la señorita mecanógrafa, apenas repuesta del sobresalto, empezaba a dar los datos necesarios para reconocer al ladrón.

—...Y nos ató y amordazó. El ladrón llevaba la cara tapada con un pañuelo, pero me fijé bien en la camisa. Era de seda blanca, con los bolsillos ribeteados de negro. Igual a la del *Niño de Montana*.

Lucy se estremeció e involuntariamente dijo:

—Papá... Yo... Yo acabo de ver precisamente al *Niño de Montana* salir corriendo y saltar a un "taxi".

Aquellas palabras causaron el efecto que es de suponer. Los allegados del muchacho protestaron ruidosamente; la misma Lucy no creía y le pasaban las palabras dichas, pero Harlan, furioso, no quiso escuchar nada y telefoneó a la policía, comunicando el hecho y las señas del ladrón.

Mientras, *El Niño*, ajeno a todo, sólo se preocupaba de perseguir al que le había robado su camisa. Saltando por encima de las ordenanzas sobre la velocidad, el auto volaba en pos del ladrón.

Por desgracia, los policías de moto, cuidaron de interrumpir pronto aquella marcha fantástica. Pero el automóvil de Hurón había logrado escapar, y nuestro cowboy no

se hallaba dispuesto a que el robo de la camisa se llevara a cabo, y así, sin encomendarse a Dios ni al diablo, se abalanzó sobre la moto del policía y corrió en persecución del ladrón.

Insensible a los gritos del regimiento de *Niño* seguía impertérrito. Pronto alcanzó el auto del fugitivo, y dentro del coche tuvo lugar una repetición del match de boxeo que se iniciara en las cercanías de la hacienda.

La oportuna llegada del policía puso fin al match, y ambos contendientes dieron con sus huesos en la delegación de policía. Ni aún allí, sin embargo, el infortunado Hurón vióse libre de las iras del cowboy, pues al apercibirse de que también le había robado los pantalones de montar que llevaba bajo el brazo, hechos un rollo, quisoselos arrancar, ocasionando con ello una lluvia de billetes, fruto del robo de la caja del Stadium. Hízose entonces la luz en la mente del *Niño* sobre el objeto del robo de sus prendas, y llevado por su arranque y a pesar de hallarse contenido por algunos policías, atizó un soberbio puñetazo al miserable que le había hecho objeto de tan cobarde venganza, dejándolo tendido a sus pies.

En aquel momento, Harlan, Lucy y la familia de nuestro cowboy hicieron irrupción en la comisaría. Habían sido advertidos por el sargento de guardia.

El padre depuso allí sus resentimientos y toda la familia unida, contempló el aprisionamiento del Hurón, previa devolución de la camisa y pantalones del *Niño*, objeto de todo aquel enredo.

A la vista de aquello, *El Canijo* y *El Peque* allí presentes, cuidaron de hacer desaparecer las que habían conseguido tan arbitrariamente.

Una vez fuera, *El Niño de Montana*, al tomar el "taxi", hallóse en él a la encantadora Lucy.

Las palabras incisivas surgieron de nuevo. El cowboy recordaba todavía:

—¿Usted cree que esto es un tranvía?

—¡Voy a volver andando, si le parece!— dijo ella con acritud también.

Pero aquella actitud debía ser muy aparente, por cuanto los gestos de ella eran ahora muy cariñosos, aun cuando él parecía mostrarse tan reacio a hablar con Lucy como antes.

Por fortuna, un túnel subterráneo, de los muchos que hay en las ciudades americanas para descongestionar el tránsito, se presentó oportunamente. El auto hundióse en las neblinas...

No queremos ser indiscretos, pretendiendo saber lo que allí ocurrió. Sólo diremos que a



... Hízose entonces la luz en la mente del Niño...

la salida del obscuro subterráneo, Lucy miraba a su compañero con ojos llenos de felicidad y que éste, arreglándose el sombrero y contemplando amorosamente a su compañera, murmuró:

—¡Qué suerte que le roben a uno la camisa!

F I N

Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

EL CHARLESTON

y

BLACK-BOTOM

Precio da cada método **25 céntimos**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

SOLAMENTE

en las simpáticas publicaciones

BIBLIOTECA FILMS Y FILMS DE AMOR

encontrará usted las más grandes
producciones de las invictas marcas

UNIVERSAL
ARTISTAS ASOCIADOS
FOX FILM
PARAMOUNT
FIRST NACIONAL
METRO GOLDWYN
GAUMONT
LUXOR VERDAGUER
PRÍNCIPE FILMS

Pida hoy mismo el Catálogo General que
se lo remitirán gratis, a

BIBLIOTECA FILMS
APARTADO 707 - BARCELONA